

Gilberto Aceves Navarro

El devenir del yo

Pilar Jiménez Trejo

Gilberto Aceves Navarro está sentado en un banco en medio de su estudio de la calle de Monterrey en la colonia Roma. Sobre una larga mesa de madera, atiborrada de pinceles, papel, lápices, plastilina, pinturas y libros, hay una hoja en blanco sobre la que traza rayas con una gruesa crayola de color azul: “Si no estoy dibujando, no puedo pensar”, me dice.

Con sus ochenta años recién cumplidos, Aceves Navarro (Ciudad de México, 1931), el dibujante obsesionado con la mirada, escultor, el maestro de cuatro generaciones de artistas visuales, el humanista crítico, vital y lúdico continúa siendo dueño absoluto del oficio de la conversación, que transcurre ágil, gozosa y ligera, con el regusto de quien ama la vida.

La madrugada del 8 de septiembre, justo diecisiete días antes del 24, día en que cumplió años, tuvo que ser internado de emergencia para someterse a una paroscopia. Nuestro encuentro ocurre un día después de haber salido del hospital.

En esta frágil condición de la salud y del ánimo, me adelanta que no quiere ahondar en los episodios tristes de su biografía marcados por una infancia desoladora y por una madre distante y severa:

“Yo no tenía algo a lo que se le pudiera llamar como una ‘pasión’ por mi madre, no obstante lo único que aspiraba es a que me quisiera, entonces trataba de enamorarla. Sin embargo, no lo conseguí”, sentencia con un desenfado perturbador.

“Ya no me acuerdo tanto. De pronto algo sucedió conmigo y dejé de sentirme un ser humano que estaba pagando su cuota por vivir. Ahora pienso lo contrario: me tienen que pagar para que siga viviendo. Súbitamente entendí que no vivo para corresponder a los demás con mi existir, sino para pagarme a mí mismo el boleto que me lleve adonde quiero llegar; y ya sé adónde quiero llegar: a conseguir estar vivo”, refiere con una alegre certeza que contagia.

“Me dediqué tanto a trabajar, a hacer cosas, a ejercitarme, a tratar de dibujar como un ángel, que la vida se me fue rápido; muchas veces no me di gusto en nada”.

Reflexiona y sonríe: “Claro, algunos pueden reclamarme y decirme: cómo eres hablador, enano malvado, sabes cocinar divinamente y comes riquísimo. Y ahora que tengo mejores ollas y estoy en la etapa de los estofados, hago excelentes platillos.

“También pueden decirme: Has inventado modos de pintar, y sin embargo el último en reconocerlo eres tú, y después Raquel Tibol. Pero no me siento ofendido porque Tibol no sabe de pintura, simplemente habla. Yo tampoco sé de pintura, pero pinto, y ésa es la gran diferencia.

“Así que en este momento estoy aquí, disfrutando de toda esta multitud de conocimientos amontonada y dándole cauce”, comenta, sumergido en su estudio, rodeado de sus obras.

Este “ciclón veloz”, como lo apodó Alberto Gironella, por su enorme capacidad de trabajo, tiene por ahora una salud precaria e inestable, y sin embargo acaba de terminar una obra para dos exposiciones en galerías de Guadalajara; una de ellas es una serie de óleos que ha titulado La Conquista.

Este 10 de octubre recibirá la Medalla de Bellas Artes como reconocimiento a su trayectoria, y cuatro días después, el gobierno de la Ciudad de México, le otorgará otra condecoración, por su aportación a la cultura de la capital.

Además, el artista trabaja en varios proyectos de esculturas para la UAM Azcapotzalco, la delegación Iztapalapa y los Juegos Panamericanos de Guadalajara. Propósitos que se han visto detenidos porque en los últimos meses el creador de la serie El sueño del unicornio ha padecido falta de oxigenación en el cerebro, debido a una fuerte infección que le colapsó los bronquios, acumuló agua en los pul-



Gilberto Aceves Navarro, 2011



© Rogelio Cuéllar

mones y le afectó la vesícula, lo que le provocó fuertes dolores de estómago.

¿Cómo quiere celebrar sus ochenta años?

Como estuve a treinta minutos de morirme, no los voy a celebrar porque no cumpliré ochenta, sino que iniciaré la segunda vuelta.

¿Por eso sigue trabajando tanto como cuando ingresó a La Esmeralda en 1950?

La razón de todo esto es que pintar me gusta. Estoy enamorado de las formas, de los colores, y de lo que sucede cuando uno pone unas rayitas y aparece una imagen sorprendente, nueva, emocionante, capaz de comunicar sentimientos, en fin, no sólo sentimientos, sino provocar la comprensión de forma, ¡la provoca!, no quiero decir que la consiga.

Mirar, contemplar, parece que ha sido una de sus mayores obsesiones.

Sí, mi pasión principal sigue siendo la de ver; la de prolongar sobre un solo punto mi visión hasta que llegue un momento en que se transforme, ¿y en qué se convierte? En contemplación pura, y esa contemplación se transforma en una serie de opiniones y conocimientos que solamente me pertenecen a mí y que provienen de un mundo en el que *soy*, y en el que únicamente lo disfruto yo. No tiene nada de especial ni valioso ese mundo; es mío y nada más; ésa es y ha sido la única y gran condición. Ahora lo maravilloso del asunto es que la gente también pudiera disfrutarlo.

HISTORIA DEL ZOOLOGICO

Muchos de sus alumnos deben disfrutar eso. Ya son más de cuatro generaciones las que ha formado, y sigue formando

en su taller, famoso por la relación estrecha que mantiene con sus discípulos y por el rigor que les impone a la hora de trabajar.

Estoy comprometido con mi gente. Y no lo digo como un político sino como un sujeto que pertenece a ellos. Sin proponérmelo la docencia se fue convirtiendo en algo muy importante para mí, y el mayor consejo que les puedo dar es que al pintar se pierdan en su interior, se abstraigan del mundo.

Y usted que ha contemplado el paso del tiempo en varias generaciones de creadores, y que ha sido un crítico del sistema político y un rebelde, ¿qué piensa del México actual?

Nos pasamos los siglos de la Conquista intentando ser españoles y no lo conseguimos. Todo el siglo XIX intentamos ser, no liberales ni conservadores, sino franceses para ver si nos podíamos defender de los gringos que se nos venían encima y nos despojaban de un territorio y de posibilidades de vida impresionantes, y tampoco lo logramos. Y ahora desde el siglo XX que somos gringos, éstos del norte no nos quieren, nos rechazan. ¡Qué horror!

Tenemos que empezar por reconocer lo que somos, apoyar a nuestra juventud, para que no se pierda más. Los que realmente nos pueden rescatar son ellos que ya manejan una tecnología que no pueden gobernar las fuerzas públicas, políticas o religiosas. El comercio es el único que puede todavía con ellos, porque los puede matar de hambre y de sonsera. El fenómeno de globalización que no es otra cosa que una cuestión de comercio que ha contribuido a que este país deje de ser una nación y se convierta en una colonia de la comunicación mundial.

Llamémosle a lo que nos está pasando: ¡hurto! Nos han despojado rotundamente de lo nuestro, casi todas las compañías publicitarias son norteamericanas, nos dan la idea de un mundo que no existe aquí, no somos güe-

ros, ni de ojos azules, ni estamos bien vestidos, ni comemos bien. ¿Qué va a pasar con la educación de los niños?

¿Qué pasa con nuestro petróleo? ¿Es nuestro? En el fondo la Conquista no ha terminado. Tal vez necesitamos otro Cortés.

¿Está a favor de la legalización de las drogas? Ha contado que algunas veces cuando acaba de pintar le cuesta trabajo bajar del estado al que llegó y para eso le sirve un cigarro de marihuana.

Yo no puedo negar que la cosa de las drogas es un fenómeno humano. Desde la famosa ruta de los griegos, que iban al oráculo de Delfos, se zampaban una cantidad de hongos bestial; los egipcios también. Las drogas no son un problema, es una parte de la condición humana, es una manera de ver el mundo, de acercarse a la realidad de otra forma. La cuestión más bien es: ¿qué hacemos con esta educación infame que tenemos, con esa señora metida allí?

Todo apunta a que el presidente Calderón no va a resolver esa situación...

Lo malo es que se va sin dejar lo que se lleva, o lo que no se debe llevar. Lo lamentable es que en política todos son lo mismo.

¿Y si vuelve el PRI, es porque no tenemos memoria?

El hombre es el único animal que se tropieza dos veces con la misma piedra, pero como los mexicanos nos tropezamos como cinco o seis veces más con la misma piedra, quién sabe qué tipo de animal seremos.

Usted ha hecho esculturas que han sido una manifestación de protesta, por ejemplo para los niños en Medio Oriente, o la guerra de Vietnam, es un artista con conciencia social. ¿Trabjará algo sobre el tema de los muertos que ha dejado la guerra contra el narco?

Necesito empezar a sentir. Primero siento, luego pienso. Me aterra, pero ahora me aterra más lo otro: la matanza de gente es producto de la desigualdad, de la mala educación, de la pésima comida.

Me mandaron una carta de la Presidencia de la República que creo que le mandaron a mucha gente, porque varios me han dicho que también la recibieron. Allí me dicen: Estimado Gilberto, y yo me preguntó: ¿estimado Gilberto? Está firmada por el señor presidente de la República don Felipe Calderón Hinojosa, a quien no conozco de cerca, ni de lejos, pero he visto su actuación. No sé qué dice, pero sí leí cómo se dirigen a mí en la carta: Estimado maestro Gilberto Aceves Navarro, maestro, y a continuación coma, y a continuación paréntesis, y mi nombre dentro. Cierta redacción de una extrañeza, de una sintaxis como un código. Y me dirigen unas palabras que dicen que estiman mucho mi actua-



© Rogelio Cuellar

ción y mi trabajo para el gobierno de México. ¿Para el gobierno de México? ¿Yo trabajo para el gobierno de México? No. Yo trabajo para la Universidad, trabajo como artista, soy becario del Sistema Nacional de Creadores, escribo algunas cosas, hago algunas esculturas, pero no hago trabajo para el gobierno. No trabajo para esos señores que están gobernando el país, ni para los que están haciendo las leyes, ni para los policías y mucho menos para el ejército. Trabajaría con mucho gusto para hacer cosas con los jóvenes, para que sean conscientes de que la gran esperanza de salvación de lo que alguna vez fue un país, son ellos. Pero la realidad es que yo trabajo primero para mí, y eso lo enaltezco mucho más ahora que estaba muriéndome.

LOS PÁJAROS Y LOS POETAS

¿Y qué sintió ahora que estuvo, como dijo, a treinta minutos de morir?

Una tranquilidad absoluta. No tenía miedo, no estaba coyón, no le estaba zacateando. Uno permanece tranquilo viendo que los doctores le están hablando y asegurando que no hay seguridad en lo que están haciendo, que a lo mejor cuaja, pero que quién sabe si lo logren salvar.

Sus alumnos se refieren a usted como un hombre culto, a quien le gusta la ópera, ¿tiene alguna favorita?

¿Ópera?, la que más me gusta es la que me hicieron antier, esa *operación* me encanta, me salvó la vida.

¿En estos días qué está leyendo?

Sobre Willem de Kooning, un libro que se llama algo así como *Comprendiendo a De Kooning en cinco minutos*, y cuenta la biografía de ese muchachito holandés que pasados los quince años se va a Estados Unidos con

la idea de ser dibujante comercial, sabe algo de pintura, estudió en la academia; y allí se hace amigo de otro emigrado que es el armenio Vostanik Adoyan, conocido como Arshile Gorky, que es el pensador entre los artistas, más agudo, más culto y más inteligente. Decía De Kooning que le daba al clavo, y por eso reconocía que le gustaba copiarlo o influirse de él para su trabajo. Es algo así como la recomendación a un joven artista para que estudie lo más rápido que pueda, entre a un taller con un buen maestro que le deje copiar buenos dibujos, y salga de allí lo más tarde que pueda, si le dicen que se parece a su maestro, no te importa, si tiene talento hará sus propias cosas.

Raquel Tibol me ha dicho que yo soy un hijo de De Kooning, pretendiendo ser graciosa, pero no tiene ninguna gracia. Le he respondido que “yo soy hijo de mi mamá”. Sé quien es De Kooning, mejor que ella y mejor que muchos en México, no lo veo desde el punto de vista conceptual, lo conozco como pintor, con ideas de pintor, con conocimientos de pintor. Él trabajaba sus cuadros una vez, otra vez, otra vez, y logró inventar una técnica de óleo que le permitía que los cuadros no se secaran rápido, al día siguiente los revisaba y los borraba, de esta manera dejaba un fantasma sobre el que empezaba a trabajar nuevamente. De Kooning es primero un dibujante extraordinario que va evolucionando su dibujo conforme integra una nueva visión personal, tanto que llega en momentos a dibujar con los ojos cerrados. Tomar esto de De Kooning no es influirse de él, es aprender, no se puede aprender de nada si no hay nada, ningún rastro, ningún depósito de conocimientos. Los pintores son así, inventan su técnica. De Kooning trabajó todo un año con Gorky, y aprendió la actitud del pintor, cómo se relaciona la pintura y el dibujo, cómo se plantean cuestiones, y cómo se busca una técnica personal que le sirva para producir aquello que uno quiere.

Y Tibol ahora está apoyando el arte conceptual. Está demostrado ya en Europa por muchos medios y especialistas que el conceptualismo es una farsa, un negocio bestial. Ya está en México el libro *El tiburón de doce millones de dólares* de Donald Thompson, un especialista en comercio de arte que analiza la farsa que es la obra de Damien Hirst. Allí se demuestra claramente con argumentos técnicos y culturales que éste es un negocio, te estoy alimentando con mierda, y a cambio me estás dando un montón de dinero.

¿Que poetas lee?

Ahorita estoy nuevamente con Allen Ginsberg, que es doloroso, valiente, prodigioso cuando habla de su vida, de su madre, de los judíos, cómo narra esa historia terrible de él: un pobre muchachito de doce años que el padre le deja a la madre loca y tiene que ir a meterla en una casa de retrasados mentales; se le salen las lágrimas a uno.

Usted también escribe, ¿cómo van sus poemas, su obra de teatro?

Siempre empiezo nuevamente. El que escribe bien es mi hijo, además de ser un soberbio técnico de la comunicación; así que ahora mejor me voy a dedicar a hacer cuentos. Y mi nieto Tristán, que vino desde Nueva York, a verme, con sus apenas once años, está pintando tan bien que ya quisieran treinta y cinco gentes de la generación de Gabriel Macotela hacer algo como el tiburón ¡soberbio! que pintó en mi estudio la semana pasada, un día antes de que me metieran al hospital.

Tristán tiene una conducta sumamente especial, me recordó un poquito a mí cuando era jovencito. Se quedó sentado en un banco frente a una de las dos peceras que tengo en mi estudio, no era nada nuevo para él porque sabe de peces, pero me llamó la atención que permaneció quieto, dejó de hablar, de ver, de percibir lo que estaba a su alrededor, y sólo una cosa existía en ese momento, quizás alguno de los peces que estaba viendo o el conjunto de peces, no me lo dijo, tampoco le pregunté. Era una visión de otra naturaleza, una reflexión que lo empujaba a traducir esos sentimientos y visiones. Esa tarea de contemplar fue lo que le llevó a ser capaz en un momento dado de dibujar de esa manera.

A pesar de los premios y los homenajes, usted se sigue considerando un outsider. Quizás, esto es consecuencia de no pertenecer a ningún grupo. No coincidió con la idea de “no hay más ruta que la nuestra”, ni con los de la Ruptura...

¿Por qué iba a entrar a la Ruptura?, pues ¿qué se rompió? No se rompió nada. Hay muchas cosas que solamente son comercio.

¿Cuál ha sido entonces su camino?

La rebeldía.

Aceves Navarro termina la conversación para ir a su cita con tres doctores que lo están esperando. Se marcha del estudio con la ayuda de su hijo Juan Manuel, que ha venido desde Nueva York para estar con el pintor, a quien los médicos le han prohibido fumar, pero le permiten beber un trago al día. Caminando despacio, el maestro sale de su estudio repartiendo saludos y diciendo “palabrotas” con una enorme sonrisa a varios de sus discípulos que han llegado a verlo. En las manos tiene el libro que le acaba de llegar por correo: *Shape to Things to Come*.

“¡Qué maravilla!”, dice, “es sobre los nuevos materiales que ayudan a dar nuevas formas, nuevas maneras de resolver el arte”.

Y pide a un joven que le ayude a sostenerlo, pues dice: “Ahora mismo, apenas puedo cargar mi cuerpo”.